

LLANTO DE AUXILIO de ultrahavi

Capítulo 1: Llanto de auxilio

En las profundidades de un antiguo bosque se escuchaba el crujido de las ramas y las hojas al ser pisadas. Dos jóvenes de mediana estatura caminaban apresurados mientras esquivaban los troncos torcidos que emergían aleatoriamente de la tierra y se alzaban hasta el cielo azul creando, con su follaje, una cúpula de colores verdes y marrones. Era el final de la estación húmeda, por lo que las hojas envejecidas, que habían tomado un color castaño, comenzaban a cubrir el húmedo suelo del bosque, el cual ya contaba con diversas capas de hierba y musgo.

Uno de los jóvenes llevaba la delantera, mientras que el otro corría tras él, aunque a duras penas le podía seguir el ritmo. Estaban discutiendo. El primero era ligeramente más alto que el segundo, con una media melena oscura algo desgredada, mientras que el segundo tenía un pelo rubio perfectamente peinado con una tez pálida que casi parecía enfermo. Ambos llevaban ropajes similares en tonos grises y marrones y, sobre estos, una capa que les cubría casi todo el cuerpo, pero que dejaba ver a través, pues estaban en bastante mal estado, sucias y deterioradas por el tiempo.

-Astrial ¡Espera! - gritó el joven que iba rezagado.

Pero Astrial no contestó.

-Astrial, ¡Esto está mal! - gritó de nuevo -. ¡Por favor detente!

Astrial no quitó la vista del frente, casi ni pestañeó. Estaban a pocos pasos de el lugar que llevaban buscando varias noches. Se había levantado decidido, sabía lo que tenía que hacer, y nada podía detenerlo. Estaba demasiado atrapado en sus propios pensamientos, tanto que casi ni escuchaba lo que sucedía a su alrededor.

Conforme iban avanzando, rayos de luz comenzaban a asomarse entre el follaje de los árboles. Uno de ellos llamó la atención Astrial al pasar frente a sus ojos, e hizo que alzara la vista. Por fin, por fin habían llegado al lugar.

Un estruendo se escuchaba cada vez más y más alto conforme se iban acercando a los rayos solares, pero no les intimidaba, continuaban la marcha sin perder ni un solo segundo. Al final de aquel angosto sendero se encontraron con un pequeño claro en el bosque. Este estaba rodeado en todas las direcciones por cientos de árboles excepto por un lateral, en el que se encontraba un pequeño acantilado de no más de 15 metros de altura.

El sol les deslumbró al abandonar la protección de los árboles, pero las llamas solares no eran nada comparado con el resplandor de lo que se encontraba bajo aquel acantilado. En el fondo del mismo, un ejército de más de 100.000 soldados con armaduras plateadas, perfectamente pulidas, reflejaban la luz que recibían del sol, haciéndola rebotar en todas las direcciones, generando una aureola a su alrededor. Los soldados portaban todo tipo de armas de diversos tamaños, y avanzaban con pasos coordinados, creando aquel estruendo tan ensordecedor que se escuchaba desde el otro lado del bosque. Ese estruendo fue lo único a lo que Astrial prestó atención desde que entraron en el bosque, y la razón por la que aquella mañana no tardaron en encontrarlos.

-Astrial, esto no se trata de ti ni de mi - pauso el joven rezagado para tomar aire después de la caminata -. Nos van a matar.

-No si yo los mato antes - contestó Astrial firmemente.

Estas habían sido las primeras palabras de el joven en toda la mañana. Se había acercado al borde del acantilado para observar con cautela como avanzaba aquel río de armas y armaduras brillantes. Estaban sobre el cauce del río de la muerte.

-El consejo de Erzia fue claro con todo esto, nos dijeron que no interviniesemos en la guerra - continuó diciendo el rezagado mientras caminaba lentamente hasta la altura de su compañero.

-¿Y qué debemos hacer, eh, Tiaval? ¿Dejar que Indhelgard arrase con los reinos cercados? ¿Dejar que quemen ciudades y maten inocentes? ¿Debo dejar que destruyan todo aquello que conozco, mi tierra, mi hogar...? - Este se giró al notar como una lágrima recorría su mejilla.

-Esa gente que intentas proteger fue la misma que no dudo ni un instante en darte de lado y abandonarte. Tu hogar está conmigo... y con los magos, en la Torre de Erzia.

-Los magos no son mi hogar, solo soy un peón más en su pirámide de poder y magia, no significo nada para ellos ni para nadie, soy un arma más de su arsenal.

-Y qué vas a hacer, ¿Enfrentarte a una armada tú solo? - preguntó Tiaval preocupado -. El consejo nos lo dejó claro, las consecuencias de interferir en la guerra podrían ser peores

que la propia batalla.

-Y qué crees, ¿Qué Indhelgard tendrá suficiente con esto? ¿Qué pararán después de conquistar los reinos cercanos? No. No se detendrán hasta que tengan el mundo entero en sus manos, o, al menos, hasta que sean derrotados en el intento. Y tarde o temprano vendrán a por nosotros, y ya será tarde para hacer nada. Cuanto más avanzan, más fuertes se hacen, y para cuando el consejo quiera hacer algo solo quedarán sollozos y lamentos. Un llanto de auxilio que nadie escuchará, pues estarán todos muertos.

Se creó un silencio entre ambos que se vió rápidamente interrumpido por aquel ensordecedor estruendo que provenía del fondo del acantilado. Estaban parados en aquel precipicio mirándose el uno al otro, con un rostro firme, pero en el cual se podía observar el miedo en sus ojos, el latir acelerado de sus corazones y el sudor de sus frentes provocado por la presión a la que estaban sometidos. Estaban aterrorizados. Aquel estruendo no se detenía, ni se iba a detener, pero a su vez generaba cierta armonía, pues se combinaba con el sonido del viento, con el ruido de las ramas mecidas por el mismo, y con el canto de los animales que habitaban el bosque, creando una melodía, una canción, la canción de la guerra.

Era un espectáculo digno de ver, pues la armadura plateada reflejaba el sol y creaba unos destellos preciosos a la vista, pero aun así, imponía. Aquella presencia, aquella armada imparable, con una determinación implacable, era el poder de los humanos.

-No puedo ayudarte con esto - sollozó Tiaval.

-Pues vete - dijo Astrial.

-Astrial...

-¡Vete! ¡No necesito tu ayuda!

Volvió a crearse el silencio pero se volvió a romper por el estruendo de aquella armada. Ambos miraron al fondo del acantilado, pues sus gritos podían haber hecho que les descubrieran, pero aquel río humano seguía su cauce como si nada.

-Tengo que hacer esto - dijo Astrial más calmado -. Debo hacerlo.

Dió media vuelta, con la mirada clavada en aquella armada y con ambos pies apoyados en el borde del acantilado. Este desprendió algunas rocas y gravilla, pero no suficientes como para alarmar a nadie. Su respiración se detuvo unos instantes mientras observaba caer aquellas piedras pero, en cuanto vio que no corría peligro, continuó con su tarea. Tiaval sabía que era demasiado tarde para intentar detenerlo, quería correr a su lado y llevarlo de la mano a su hogar, a la Torre de Erzia, pero Astrial no se lo perdonaría jamás. También

quería correr a su lado y ayudarlo, pero su conciencia no le perdonaría el haber realizado tal atrocidad. Sabía que hiciese lo que hiciese no iba a poder cambiar lo que iba a pasar en aquel momento, como si el estruendo de la armada se hubiese llevado sus palabras y la hierba y el musgo del bosque hubiesen crecido sobre sus piernas, arraigando sus pies al suelo. Aquello debía de pasar, era algo inevitable pues estaba escrito en el ambicioso libro del destino.

Sobre aquel acantilado Astrial cerró los ojos y tomó aire, relajó la postura y dejó la mente en blanco. Entonces su mente comenzó a nublarse, y con ella, el cielo. Este, el cual había amanecido blanco y soleado, de pronto se volvió de un índigo oscuro con cientos de nubes negras y grises que aparecieron de la nada creando un remolino sobre la cabeza del joven. Una espiral tenebrosa cubrió todo el pequeño valle bajo el acantilado, por donde estaba cruzando la armada. Se empezaron a escuchar truenos de fondo que competían con el ejército por ver cuál era el más estruendoso mientras rayos, de todos los colores, destellaban entre aquellas nubes oscuras. Estaba canalizando un hechizo de proporciones descomunales, un hechizo que jamás había intentado antes. De pronto, una flecha rozó levemente la oreja derecha de Astrial. Este cayó al suelo sujetándose la oreja, la cual sangraba un poco, pero las nubes y los rayos no se desvanecieron.

-¡Astrial! - gritó Tiaval mientras corría en su ayuda.

-¡Estoy bien! ¡Vete! - le contestó mientras lo apartaba -. ¡No te necesito!

Se levantó lentamente, algo aturdido por el disparo, con un pitido en el oído de la onda sónica de la flecha, pero todavía decidido a acabar con lo que había venido a hacer. Tardó un par de segundos en recuperarse, pues había estado a punto de ser atravesado por una flecha y de caer por el acantilado. Lo habían descubierto, pero esto no le detuvo, solo iba a tener que ser más cuidadoso, más rápido y más preciso o moriría en el intento.

Este volvió a la postura relajada apoyado en el borde del acantilado. Sabía que solo iba a tener un intento, por lo que debía darse prisa. Otras dos flechas pasaron junto al joven, pero ninguna tan cerca como la primera. Tiaval sentía los latidos de su corazón en su garganta. Temía por la vida de su amigo, pero también por la suya. Si Astrial fallaba, probablemente ambos morirían a manos de los humanos pero, si lo lograba, no era capaz de imaginar las consecuencias de haber estado en aquel lugar con él, las consecuencias de ser cómplice de ello. Ya estaba todo perdido pero, si él no hacía nada, quizás perdonaría su vida o, al menos, eso era lo que pensaba. Lamentablemente estaba condenado a morir desde el momento en el que puso un pie en aquel claro.

La espiral de nubes, rayos y centellas continuaba retorciéndose en el oscurecido cielo, mientras flechas humanas fallaban en un intento de abatir al mago. Una vez cargado el hechizo que estaba canalizando, Astrial alzó la mano. Un destello cegó a todos por una milésima de segundo. Aquello había alertado a los cientos de miles de soldados de aquel valle acerca de la presencia de Astrial, pero de poco sirvió, pues, un estruendo mucho más fuerte que los anteriores dio pie a una tormenta de rayos de la que no iba a salir nadie con vida. Aquel arcoiris de rayos que se divisaba en el cielo ahora estaba cayendo directamente sobre la mano izquierda de Astrial, la cual había alzado firmemente hacia el cielo, creando una nebulosa a su alrededor. Una flecha se dirigía directa a la cabeza de Astrial, pero ya era tarde, esta se desintegró mucho antes de poder alcanzarlo. Levantó lentamente su mano derecha hacia aquel valle y, tan solo con un leve movimiento de muñeca, comenzó a lanzar una andanada de rayos de lado a lado, alcanzando, quemando y desintegrando a todos y cada uno de los soldados que se encontraban allí. Las flechas se desintegraron, las armas se pulverizaron y los soldados estallaron en mil pedazos mientras los cuerpos conducían los rayos entre sí. Una vez alcanzado su máximo poder, alzó ambos brazos hacia el valle y asestó un segundo golpe. En cuestión de segundos había acabado con cientos de miles de soldados. Un pestañeo y la vida de todos ellos había llegado a su fin, sólo quedó una lluvia de polvo y cenizas, y un centenar de cuerpos en llamas.

Estaba hecho, no había vuelta atrás, y ambos jóvenes magos lo sabían. Astrial, exhausto, se echó en sus rodillas mientras su media melena cubrió su rostro, y sus palmas se apoyaban sobre el acantilado, marcando su abrupta silueta en sus manos.

-A-astrial... - tartamudeó el joven mientras se acercaba.

Astrial giró la cabeza y ,entre los mechones de su pelo y el sudor de su rostro, se vio unos ojos completamente negros corrompido por la oscuridad. Si para Tiaval la armada de los humanos era tan imponente como para no poder ni moverse, no era nada comparado con el pavor que sintió al ver los ojos negros y ensangrentados de su amigo. No pudo evitar salir corriendo y abandonar a Astrial en aquel acantilado, dejándolo solo y rodeado de cadáveres, rodeado de muerte. Fue la última vez que se vieron.